

Modernización y democracia: una lectura del siglo XX venezolano

Arturo Sosa A.

En el programa original de la Cátedra de Honor de la UCAB se me proponía una sesión sobre el *Trienio Adeco a Pérez Jiménez y la Democracia*. Sin embargo, en medio de esta situación de incertidumbre en la que vivimos, me pareció oportuno ofrecerles esta tarde una lectura del siglo XX venezolano que ayude a responder esa pregunta, que nos viene a la mente una y otra vez, de ¿cómo hemos llegado a donde estamos? No es una tarea fácil y cómo no se me escapa su importancia, a riesgo de alcanzar el objetivo, prefiero intentarla. Una razón fundamental es que el *presentismo*, discúlpenme el neologismo, con el que vivimos estos momentos, en buena parte debido a la masiva presencia de las comunicaciones inmediatas y los formatos prevalecientes en los medios de comunicación social, va haciendo que se vaya perdiendo, socialmente hablando, la densidad histórica de los acontecimientos, se simplifiquen los hechos y se perciba la situación como una yuxtaposición en serie de hechos puntuales sin vinculación orgánica entre ellos y no como un proceso concatenado de causas y efectos que producen ¿historia?. La comprensión de hechos históricos que hoy nos resultan lejanos tales como apertura a modos democráticos al final de la dictadura personalista de Juan Vicente Gómez, el golpe de Estado del 18 de Octubre de 1945, el pacto de Punto Fijo de 1958, la nacionalización de la industria petrolera en 1974 y los golpes de Estado de 1992, entre otros, podrían aportar muchas luces a la formulación de los caminos que hay que desechar y los que se pueden transitar en esta hora.

Me propongo, entonces, exponer ante Ustedes una lectura del proceso histórico-político del siglo XX teniendo como eje articulador el horizonte modernizador que ha caracterizado a todos los proyectos políticos ofrecidos a la sociedad venezolana y la democracia como la dimensión clave de la incorporación del pueblo a los esfuerzos por constituir una Venezuela Moderna.

La mayor parte de este texto está escrito en noviembre de 1999 por lo que garantizo que no está contaminado por las inquietudes políticas e intelectuales de la hora presente que serán objeto de otras sesiones de la reflexión iluminadora de la comprensión y posibles actuaciones que se propone esta cátedra como forma de participación ciudadana responsable en este momento crucial de nuestra historia como pueblo del que nos sabemos integrantes.

Divido la exposición en dos grandes etapas. La primera abarca hasta 1975 y la denominó la fase de la *modernización rentista* y la otra entre 1976 y 1999 que titula la *modernización sin centro*.

LA MODERNIZACIÓN RENTISTA, 1899 ? 1975

La modernidad tiene ya una larga vida en el mundo intelectual venezolano cuando Cipriano Castro escala la pirámide caudillista hasta la Presidencia de la República, el 22 de Octubre de 1899. Por modernidad se entiende ese esfuerzo sistemático de "superar el atraso" de las sociedades rurales mediante, el desarrollo de las fuerzas productivas hacia la industrialización, concebida como un modo de producción más eficaz para proveer las bases materiales de la sociedad. Significa, también, el uso de nuevas formas de tecnología en todos los ámbitos de la vida social, el desarrollo de las comunicaciones, la expansión de los servicios públicos, cambios radicales en las formas de ocupación y trabajo. Está asociada a la introducción de la razón y el comportamiento racional como máxima instancia del auténtico comportamiento humano y, evidentemente, a la ampliación y expansión de la educación en todos los niveles y a todas las capas de la población. La modernidad exige, también, el surgimiento de múltiples y pluralistas formas de asociación social con participación masiva.

La modernización es un proceso social de una gran complejidad. Las diferentes dimensiones que conforman las características de una sociedad moderna no aparecen al mismo tiempo ni todos los miembros e instituciones de la sociedad las asimilan en un mismo instante y de la misma forma. Es un proceso social con vacilaciones, avances y retrocesos, éxitos y fracasos en todas y cada una de la enorme variedad de las relaciones sociales que conforman la trama de la historia del pueblo y la sociedad venezolanos en estos cien años.

La matriz positivista

Al amanecer del siglo XX, las ideas modernas y las propuestas modernizadoras están encarnadas en la corriente positivista y sus representantes en las diversas esferas de la vida social. Es en torno a las ideas positivistas que se fragua el paradigma cultural moderno en Venezuela. Por ello, es de primordial importancia destacar las peculiaridades propias del positivismo venezolano, por supuesto en el terreno intelectual, especialmente en lo que se refiere a la comprensión de la historia y la formación de la sociedad. Pero, más aún, en su proceso de convertirse en la perspectiva desde la cual se conforman las aspiraciones, se generan las motivaciones, se establecen los cursos de acción y se comprende el desenvolvimiento del conjunto de la sociedad.

Diversos estudios sobre las ideas positivistas han ido develando su originalidad e importancia en la conformación del modo propio de adelantar el vasto proceso modernizador del que hemos sido sujetos y objeto a lo largo del siglo. Todos asociamos el positivismo al "orden" como condición del "progreso", a la

imposibilidad de saltar etapas en el devenir de los pueblos, al enorme peso de la tradición (inconsciente colectivo) como "código genético" de las formas políticas de la sociedad, a la necesidad de producir cambios culturales para superar realmente las etapas anteriores de la evolución humana y a no levantar los pies del suelo de la realidad para garantizar la continuidad evolutiva de los cambios sociales. Que a finales del siglo XX pueda proponerse e intentarse en Venezuela una "revolución democrática" con la que se identifica emocionalmente la mayor parte de la población y los estudiosos de dentro y de fuera no lograr encasillar en ninguna de las corrientes políticas conocidas, tiene que ver, entre otros factores, con la presencia del positivismo en la base de la cultura política propia de la Venezuela del siglo XX.

La centralización territorial y política

La presencia de Cipriano Castro en la Presidencia de la República da inicio a la desaparición definitiva del caudillismo como el régimen político capaz de crear las condiciones de gobernabilidad de la nación venezolana. Junto con el caudillismo desaparecen también las facciones (que no partidos) "liberales y conservadoras" que sirvieron de parapeto a las luchas por el poder, y sustentaron las alianzas en las que se sustentaron los distintos regímenes de poder hasta el triunfo de la Revolución Liberal Restauradora (1899), además de la derrota de la más impresionante conjunción de caudillos reunidos en la Revolución Libertadora (1902).

El desarme de los caudillos locales, la creación de una estructura centralizada de ejercicio del poder, basada en la lealtad incondicional de los jefes locales y regionales al Jefe de la Causa y el dominio completo del territorio nacional por el Gobierno Central como presencia real del único Estado reconocido en la República, empiezan a producir las condiciones para alcanzar el nuevo orden necesario para dar un paso adelante en el progreso de la evolución histórica venezolana.

Juan Vicente Gómez sucede a Cipriano Castro en el ejercicio del liderazgo personal único y unificador por el que se mantiene el dominio territorial y la concentración del poder político. Consolida el control absoluto de la violencia legítima mediante la formación del Ejército Nacional, concebido y organizado como institución profesional y moderna, amalgamado bajo la imagen bolivariana y las ideas republicanas. Se produce así la posibilidad de una sucesión institucional y no personal del liderazgo político en Venezuela. Para la segunda década del mandato de Juan Vicente Gómez ya estaba suficientemente claro que su verdadero

sucesor en el poder político sería el Ejército en lugar de alguno de los miembros de su clan u otro caudillo desconocido surgido espontáneamente.

La reforma de la Hacienda Pública y la unificación del Tesoro nacional llevada a cabo bajo la dirección del Ministro Román Cárdenas, completa las condiciones necesarias para el completo dominio del Estado central sobre las relaciones políticas del país.

El paso siguiente es la construcción de una red de comunicaciones de todo el territorio, cada vez más extendida, a través del telégrafo y las carreteras, que permite una presencia constante del poder central en todos los rincones del país.

Los recursos para la modernización

Los venezolanos de mi generación leímos con avidez *Venezuela, política y petróleo*, publicado por Rómulo Betancourt a comienzos de los años cincuenta. Su primera parte, titulada *Una República en venta*, se convirtió en algo así como la versión esclarecida del papel de los positivistas, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Aprendimos a verlos como los cómplices de la expropiación imperialista de nuestra riqueza subterránea. Con sus ideas embotaron a las élites, con su tiranía dominaron a la población y con su crueldad mantuvieron a raya cualquier tipo de oposición.

A medida que hemos tomado distancia de esta postura al comprenderla como necesidad política de su autor más que análisis de las primeras tres décadas del siglo XX hemos aprendido a ver la aparición de la explotación petrolera, con sus insaciables socios extranjeros, como la oportunidad histórica de contar con los recursos necesarios para realizar aceleradamente el ansiado proyecto de modernización de Venezuela.

No trato de discutir ahora el intrincado problema histórico de si hubiese sido posible establecer mejores condiciones para el país en la negociación con las grandes compañías internacionales explotadoras de petróleo que iniciaron esta actividad en el país. Un país apenas iniciando su unificación política, con escasas comunicaciones internas, territorialmente inmenso y de escasa densidad de población. Un país con un Estado dependiente de los impuestos de unos pocos productos agropecuarios, lleno de deudas, con la inmensa mayoría de la población analfabeta y afectada por nefastas enfermedades endémicas (paludismo, tuberculosis). Un país sin capacidad tecnológica ni capitales (privados o públicos) suficientes para impulsar algún desarrollo industrial, estaba en condiciones muy desfavorables para negociar las condiciones de una industria de gran intensidad de capital y requisitos tecnológicos sofisticados como la petrolera. El Estado venezolano obtuvo lo que un sagaz propietario de tierras podía lograr en ese momento.

La mayor ventaja en la negociación petrolera fue la tradición legal española que reservó al Estado la propiedad exclusiva de los recursos del subsuelo. Sobre esta base, el Estado venezolano era el único negociador, el receptor exclusivo y el único distribuidor de la renta petrolera. Renta, porque formalmente era un ingreso recibido en razón de la propiedad del recurso y no una ganancia producida por su procesamiento industrial.

Desde el punto de vista cuantitativo la renta petrolera multiplicó los ingresos del Estado venezolano a unos niveles inimaginables desde la actividad agropecuaria tradicional (café y cacao como principales productos de exportación). Con una Hacienda Pública centralizada, el ingreso petrolero permitió no sólo cancelar deudas y contar con recursos para fortalecer las instituciones en las que se sostenía como el Ejército Nacional, sino que convirtió al Estado y a quien lo condujera, en el actor más poderoso de la sociedad. A partir de ese momento ningún terrateniente o productor venezolano pudo competir en posibilidades de acceso a recursos económicos con el Estado. Asimismo, el Estado se independizó totalmente de los productores internos para la obtención de sus ingresos y la distribución de sus recursos. El escaso desarrollo institucional del Estado hacía inoperante el equilibrio en sus decisiones a través de la división de los poderes públicos. El Poder Ejecutivo central, es decir, el Gobierno, tenía el peso definitivo en el manejo del Estado y su Presidente las riendas de las decisiones públicas en sus manos.

Cuando en 1925 el petróleo comienza a ser el primer producto de exportación de Venezuela, superando en ingresos al café y el cacao, se inicia la realización rentista de la modernización deseada.

Gómez único en una sociedad en proceso de diversificación

Mientras la figura de Juan Vicente Gómez aparecía como dominando absolutamente durante veintisiete años se verificaba la hipótesis positivista en cuanto a la relación orden-progreso. Las condiciones de estabilidad política bajo régimen dictatorial y la abundancia de recursos públicos se convirtieron en abono para la diversificación de la vida social. Aunque la política social durante el gomezalato fue de escaso vuelo y el régimen no mostró interés prioritario en el saneamiento ambiental ni en la salud de la población, ni en la expansión de la educación, ni en la creación de empleos productivos en el área industrial, sino que orientó el gasto público hacia la extensión del control sobre el territorio y el fortalecimiento de las bases de su poder hegemónico. Aunque el régimen limitó la libertad de expresión y las posibilidades de organización social, sindical o política, empezaron a surgir ideas y actores sociales propiamente modernos.

Las ideas políticas que recorrían el mundo repercutieron también en la Venezuela que se abría a él a través del crecimiento impulsado por la actividad petrolera. El fascismo, las diversas corrientes socialistas, el

socialcristianismo, conocidos a través de las experiencias europeas, norteamericanas o latinoamericanas se difundían entre los miembros de las capas sociales que empiezan a surgir del proceso mismo. Los estudiantes universitarios y sus boinas azules han sido por décadas la imagen de este fenómeno que no se limita solo a ellos, sino encuentra eco en aquellas personas, instituciones y capas sociales abiertas a la modernización que se van haciendo cada vez más extensas.

Un ejemplo importante de esta transformación es cómo se vive en el seno mismo del Ejército Nacional. En la superficie, y los cargos formales, siguen dominando los militares tradicionales, hechos a las lealtades al jefe y las alianzas personalistas en procura de mantener u obtener los privilegios del poder. Mientras tanto, se toman decisiones y se ponen las condiciones para consolidar la estructura moderna de las Fuerzas Armadas y formar en esa mentalidad y modos de actuar a los nuevos oficiales, de manera que bajo el manto de los viejos militares crece la primera gran institución moderna de Venezuela, incluso con vocación política, es decir, sintiéndose llamada a dirigir desde el Gobierno del Estado el proceso de transformación modernizadora de Venezuela.

Capitalismo de Estado en un país centralizado

Junto al Ejército Nacional, con su República Bolivariana como eje modernizador del país, empiezan a surgir proyectos alternativos: el Partido Comunista de Venezuela proponiendo las bondades de la República Soviética como modelo de modernidad, el socialismo democrático se organiza de diversas maneras y el socialcristianismo también. Los sustentadores de las ideas positivistas las impulsan desde el gobierno gomecista y las propuestas del liberalismo capitalista forman parte del ambiente modernizador, incluso las novedades que supone el New Deal del Presidente Roosevelt en los Estados Unidos como corrección de los defectos anteriores que llevaron la economía norteamericana a la gran depresión de finales de la década de los veinte.

Las diversas organizaciones e ideas vigentes en Venezuela coinciden en buena parte de lo que proponen como modelo de sociedad moderna. Sin usar la expresión, proponen un capitalismo de Estado, posibilitado por la abundante renta petrolera manejada exclusivamente por el Estado. De este modo, se propone el fomento de una economía capitalista, siguiendo el modelo de sustitución de importaciones, promovido desde el propio Estado con recursos públicos.

Las ideas en boga sobre el papel del Estado, además de su condición rentista, hacen que se coincida también en el modelo de Estado interventor como el más conveniente para impulsar y guiar el proceso de modernización. Los éxitos de la planificación soviética y la directa intervención del Estado en la vida

económica norteamericana inspirada en el New Deal convierten en anacrónica cualquier propuesta contra la intervención estatal como la propia del liberalismo clásico. Aunque empresarios como Enrique Pérez Dupuy (fundador del Banco Venezolano de Crédito), sostuvieron la idea liberal clásica hasta sus últimas consecuencias, la coincidencia mayoritaria se dio alrededor de un Estado interventor, distribuidor, inversor, empleador, responsable de la infraestructura moderna y la expansión de los servicios públicos para toda la población.

Ese Estado debía ser gobernado por organizaciones modernas centralizadas. En ese modelo coincide la organización piramidal propia del modelo militar y la organización de los partidos políticos modernos estructurados con todas las variantes posibles del ¿centralismo democrático?.

La presencia de compañías extranjeras en la actividad petrolera, la conciencia extendida de la importancia de la renta petrolera para impulsar la modernización, al lado de la percepción común sobre los enormes beneficios obtenidos por las corporaciones petroleras, entre otras cosas porque el Estado venezolano les exigía demasiado poco, hizo que la lucha por aumentar la renta se convirtiera en **la** bandera nacionalista apoyada por todos los estratos de la población y todas las corrientes políticas. Así, el nacionalismo, concretado en el disfrute de la riqueza petrolera por los venezolanos, se convirtió en una enorme fuerza aglutinadora de los esfuerzos modernizadores.

La democracia, modo y sujeto alternativo de modernización

La diferencia real en el horizonte modernizador común a la sociedad venezolana va a estar directamente ligada a la cuestión de la democracia. Como todas las corrientes usan un lenguaje propio de la modernidad proponen un régimen político democrático como lo característico de las sociedades modernas. Para los positivistas la democracia es una etapa evolucionada de la sociedad, para los republicanos es la expresión de las virtudes cívicas de los ciudadanos en las instituciones políticas, para los socialistas y comunistas es la consecuencia de la superación de la división de clases.

Si recorremos el trecho entre el dicho y el hecho, encontramos profundas diferencias en dos aspectos definitorios de la concepción práctica de la democracia: el modo de alcanzarla y el sujeto del proceso. Si partimos de la convicción de que ¿el modo de producción determina el producto?, resulta imposible alcanzar la democracia por caminos distintos al ejercicio de la democracia. Cómo se proponga el modo de llegar a la democracia es, por consiguiente, la piedra de toque para probar la vocación democrática de una propuesta política. En el mismo sentido, una propuesta democrática tiene al pueblo organizado como sujeto del proyecto social. Las piruetas conceptuales o políticas que se hagan para sustituirlo, representarlo, marginarlo o hacerlo

esperar su maduración son grados diversos de ausencia de democracia van a formar parte de la historia de las ideas políticas en Venezuela.

La democracia es un modo de tomar las decisiones y ponerlas en práctica que reconoce la pluralidad cultural, la variedad de opiniones y la complejidad de relaciones que tiene la Venezuela contemporánea. Es un modo de tomar decisiones y ponerlas en práctica que reconoce el diálogo y la negociación como sus instrumentos fundamentales. Entre sus características fundamentales se cuentan: La existencia de un sujeto político, ya lo hemos dicho, el pueblo organizado; y la comunicación política, pues sin información confiable no es posible la participación en procesos de decisión y negociación pública.

La democracia como régimen político depende más de la existencia de una cultura democrática en la sociedad que lo adopta, que de una Constitución y unas Leyes que la regulen. La Constitución y las Leyes cumplen su función si existe esa cultura básica que llamamos *legitimidad*, además una distribución social del poder que permita la vida democrática.

A finales del siglo XX resulta evidente que Venezuela no es un país moderno ni democrático en el sentido pleno de estas palabras. Reconocer que se está lejos de un ideal que, sin embargo, forma parte de la cultura política de los venezolanos, es un paso importante para orientar las acciones futuras. Examinar si estamos en el camino que lleva a constituirnos como sociedad moderna y democrática es el punto crucial. Si no hemos llegado a la meta, pero estamos en la ruta que lleva a ella, se requiere mantenerse en ella, acelerar el paso, sostener el aliento para el camino, etc. Pero si no hemos llegado ni vamos a llegar a la sociedad moderna y democrática porque tomamos la vía equivocada, urge cambiar de camino.

Los caminos andados

La historia política del siglo XX venezolano se caracteriza por la confrontación entre dos vías que buscan alcanzar el ideal común de la sociedad moderna y democrática. La primera lo intenta de arriba hacia abajo y la segunda propone un movimiento simultáneo de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba.

Las claves del camino que va de arriba hacia abajo son: la conducción de la élite modernizadora e iniciar el proceso por el crecimiento económico como condición de posibilidad para el desarrollo social y la maduración política. El fundamento de esta postura tiene dos pilares. Uno es la convicción de que un pueblo atrasado no puede llevarse a sí mismo al progreso, necesita quien lo guíe. Esa guía es la élite modernizadora

que tiene la preparación intelectual y la madurez política necesaria para hacerlo. El otro pilar es la certeza de que sobre una economía atrasada no puede sostenerse una sociedad moderna, por consiguiente, la construcción de una infraestructura adecuada y el fomento de la actividad productiva, especialmente industrial, comercial y de servicios es el mecanismo que desata el desarrollo social y prepara las bases para la convivencia democrática. Mientras tanto, las organizaciones políticas como partidos o movimientos, los sindicatos, asociaciones gremiales y demás asociaciones de intereses o grupos de presión son interferencias en el proceso.

En el proceso venezolano del siglo XX varios actores políticos han intentado este camino de arriba hacia abajo para alcanzar la sociedad moderna y democrática. Por supuesto, el General Juan Vicente Gómez (1908-1935) y sus equipos de gobierno formados por la crema y nata de la intelectualidad positivista del país. También los Gobiernos con presencia y apoyo sustantivo de las Fuerzas Armadas y los partidos vanguardistas, como el Partido Comunista, se han concebido a sí mismos como élites modernizadoras. Los Gobiernos presididos por los Generales Eleazar López Contreras (1936-1941) e Isaías Medina Angarita (1941-1945), cada uno con su estilo particular y las circunstancias del momento, intentaron esta vía. El Gobierno de las Fuerzas Armadas (1948-1957) con Marcos Pérez Jiménez como hombre fuerte, lo formuló como el "Nuevo Ideal Nacional".

Hasta 1958 se avanzó más en modernidad que en democracia. El predominio de gobiernos cuya estrategia fue de arriba hacia abajo explica ese balance. Los signos de modernización en este período fueron de tal magnitud que quedaron impresos en la conciencia de los venezolanos hasta el día de hoy.

La democracia aparece en el horizonte con las luchas obreras y estudiantiles durante los años del gomezalato. Los acontecimientos de 1928 se hacen emblemáticos. Antes de la muerte de Gómez empiezan las primeras acciones sistemáticas para establecer organizaciones políticas modernas y democráticas. Con López Contreras en la Presidencia se dan las condiciones para el surgimiento del proyecto democrático-popular encarnado en el Partido Democrático Nacional (PDN). Un gobierno sin origen democrático elimina la represión como la forma normal de conservación del poder, se somete a la legalidad vigente, abre espacios a la libertad de expresión admite algunas formas de votación y tímidamente permite algunas organizaciones sociales. Partidos políticos como el PDN o el PCV no tienen más remedio que hacer vida clandestina. Se dan, sin embargo, las condiciones para la formulación de su proyecto político y el nacimiento de la organización que pretende alcanzar el gobierno para realizarlo.

Isaías Medina Angarita llega a la Presidencia de la República no por decisión democrática del pueblo sino por negociación de los factores de poder vinculados a las Fuerzas Armadas y las élites modernizadoras vinculadas al gobierno. Su estilo personal y las circunstancias nacionales e internacionales permitieron dar pasos para mejorar el ambiente democrático. La ausencia de persecución política, la legalización de los partidos y la ampliación del espectro y debate ideológico, son algunos de los signos. Consecuente con la

estrategia de 'arriba hacia abajo?', se propiciaron los cambios en las relaciones petroleras a favor del Estado venezolano, se aceleró la puesta al día de la estructura del Estado y se oxigenó la imagen internacional de Venezuela. Sin embargo, no se dio importancia al fomento de las condiciones para el surgimiento del sujeto de la democracia y se evitó conscientemente arriesgarse a una mayor participación popular aprobando el voto directo de la población venezolana. El régimen, durante la presidencia de Medina Angarita, no percibió tampoco el surgimiento de una generación militar decidida a convertir a las propias Fuerzas Armadas en la élite modernizadora desde el gobierno del Estado.

La evolución de la situación no se dio como la creía conducir la élite del régimen medinista. Las tensiones dentro de las Fuerzas Armadas, las maniobras de las petroleras, la insatisfacción del movimiento populista, entre otros factores, cerraron las posibilidades de negociación y se llegó al golpe de Estado del 18 de Octubre en el que convergieron los militares aspirantes a ser gobierno y Acción Democrática incapaz de superar el dilema entre asaltar el poder en nombre del pueblo de inmediato o continuar la organización del pueblo hasta que se hiciese sujeto democrático del poder.

Tres años (1945-1948) bastaron para demostrar que la democracia no es sólo cuestión de audacia y voluntarismo político de las vanguardias, sino que se necesita sujeto político maduro. Insurge así la nueva élite militar modernizadora que, apoderándose del Gobierno, intenta acelerar el proceso modernizador congelando la dimensión política mientras multiplica la inversión económica, expande los servicios públicos y promueve la inmigración europea.

El populismo modernizador

La segunda vía a la Venezuela moderna y democrática propone un movimiento simultáneo de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba resalta la importancia de la dimensión política del proceso. Para ello se requiere un 'pueblo encuadrado' en organizaciones policlasistas a través de las cuales se logra la movilización de las masas y la participación inmediata de la gente en los beneficios de la modernización rentista. El partido populista consigue el apoyo popular a las acciones de los dirigentes que conforman la élite política dispuesta a establecer alianzas con las otras élites modernizadoras para conducir el proceso modernizador con una alta participación popular a través del voto, los sindicatos y todas las formas posibles de organización social.

En este proceso fue de especial importancia el Pacto de Punto Fijo de 1958. Significa el primer gran ejercicio de negociación política para establecer las bases de convivencia social. Se supera el sectarismo como característica predominante del comportamiento de las parcialidades políticas, incluyendo los partidos. Se pasa del uso de los golpes de Estado al voto universal como instrumento de cambio político.

El Pacto de Punto Fijo fue la demostración de la posibilidad de establecer una relación política basada en el diálogo y la negociación en lugar del recurso a la fuerza de las armas, normalmente utilizado en la historia venezolana hasta ese momento para imponer algún tipo de régimen político o para cambiarlo. De esta forma se establecieron nuevos parámetros para lograr la estabilidad y la gobernabilidad mucho más cercanos a los proclamados ideales democráticos.

Los ¿excluidos? de esta alianza formalizada en el pacto de Punto Fijo de 1958 reaccionan en diversa forma contra ella. Aquellos grupos militares que pretenden la continuidad del Gobierno de las FAN conspiran para derrocar al gobierno surgido del pacto de Punto Fijo a través de las elecciones de diciembre de 1958. Los comunistas, junto a otro grupo de militares descontentos y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), disidencia del partido Acción Democrática, forman el Frente de Liberación Nacional (FLN) e intentan la conquista del poder por la subversión armada conducida por las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) a través de una prolongada guerra de guerrillas (1960-1969).

El *sistema populista de partidos políticos y conciliación de élites* logra la suficiente legitimidad política para resistir los embates de ambos lados. Su estrategia modernizadora contiene elementos que alimentan esa legitimidad: participación electoral masiva, crecimiento de diversos tipos de organizaciones políticas y sociales, enormes inversiones estatales en servicios públicos como atención a la salud, expansión de la educación gratuita, planes de vivienda popular, construcción de infraestructura pública, etc. A esto se unen planes como la reforma agraria, el compromiso del Estado con las empresas básicas y enormes facilidades para la actividad privada en las áreas más rentables de la economía. La abundancia de la renta petrolera permite al Estado satisfacer prácticamente todas las demandas de los diversos grupos sociales. Al mismo tiempo que combate la subversión de la izquierda comunista, lanza una ofensiva internacional de defensa de la democracia representativa en el continente y de los recursos propios de la nación.

Culminación y caída

La derrota política y militar de la subversión armada, seguida de la política de pacificación, al mismo tiempo que se produce la alternabilidad en el gobierno entre los dos grandes partidos populistas (AD y COPEI) por la voluntad popular expresada a través del voto, son los primeros indicadores de la culminación de la modernización

populista. La nacionalización de la industria petrolera ratifica finalmente el éxito del proceso: ¿el petróleo es nuestro y vivimos en democracia? ¡Viva el populismo!

Alcanzar este estadio trajo como consecuencia la desaparición de las alternativas ideológicas y políticas al sistema populista de partidos y conciliación de élites. Ni siquiera las novedades ideológicas dentro del pensamiento socialista fueron suficientes para acicatear la formación de una nueva corriente política capaz de renovar el horizonte social del país. La sociedad venezolana se conformó con la estabilidad adquirida para administrar los logros alcanzados.

La modernización rentista había sembrado el petróleo, se trataba ahora de cosechar sus frutos. Se soñaba con prolongar en el tiempo y expandir en el espacio social los primeros y grandes frutos que se habían empezado a gustar. La cultura política vigente aseguraba que no había marcha atrás y poco a poco todos alcanzaríamos a vivir según los patrones de la modernidad occidental. La democracia populista produjo la ilusión de armonía necesaria para que todos se sintieran incluidos en la dinámica de la toma de decisiones. Las Fuerzas Armadas empezaron a sentirse cómodas al interior de la alianza populista de élites. Podían participar en el gobierno del Estado desde una posición coherente con su estatuto militar, consolidar su desarrollo profesional e institucional, al mismo tiempo que participan, en primera fila, de los beneficios del régimen. Después de la breve transición de la Junta de Gobierno de 1958. Los gobiernos presididos por Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Rafael Caldera realizaron en buena parte las propuestas que identificaron al movimiento populista nacido desde las décadas de los años treinta y cuarenta como alternativa a la vía de ¿arriba hacia abajo?.

Su culminación inicia el agotamiento del modelo. La nacionalización de la industria petrolera elimina la posibilidad de una lucha ¿nacionalista? por aumentar la renta. Ahora es el mismo Estado el que debe velar por la salud económica y administrativa de la industria petrolera, garantizar sus inversiones y capacidad tecnológica para competir en el mercado internacional, sin afectar los ingresos para el presupuesto ordinario de gastos públicos. Para una sociedad y un Estado rentistas no resulta fácil aceptar la nueva relación de una industria petrolera que debe manejarse como ¿empresa comercial? y la creciente demanda de renta pública para sostener la ¿modernización en democracia?. Los cambios en la economía mundial y el crecimiento de la demanda interna contribuyen a una progresiva y drástica disminución de la renta petrolera per

cápita en Venezuela, asentando un golpe mortal al pilar fundamental de la modernización rentista-populista.

Los partidos políticos dejan de ser organizaciones generadoras de proyectos de futuro, de ideas, y organizaciones políticas. En lugar de representar al pueblo se empeñan en sustituirlo. Se olvidan de la educación ciudadana para convertirse en administradores de una vasta red clientelar, alimentada con renta petrolera e infectada con el virus expansivo de la corrupción administrativa. La modernización rentista-populista recibe otro golpe.

A partir de este momento comienza una caída continua de los indicadores, económicos y sociales. El proceso modernizador cambia de signo para las mayorías. De ser fuente de mejoras económico-sociales y generador de expectativas de un futuro mejor se convierte en productor de angustias en relación al porvenir y en la desconocida e impactante experiencia de empobrecimiento gradual de toda la población y acentuadamente entre los más pobres, o sea, a los que menos había favorecido la injusta distribución de la renta petrolera en los tiempos de su abundancia.

La ilusión de armonía se desvanece para poner de manifiesto otra realidad. El agotamiento del consenso político que sustentó modernización rentista-populista, la caída constante de la renta petrolera per cápita y la crisis del sistema populista de partidos tuvo como uno de sus efectos, además del empobrecimiento colectivo de la sociedad venezolana y la profundización de su brecha social, la generación de un perverso mecanismo de exclusión de grupos sociales, que puede calificarse como de *apartheid social*, y el socavamiento de formas alternativas de liderazgo ciudadano. La aparición y crecimiento de la violencia social en los últimos veinte años, fruto de la exclusión social, han sido el principal alimento de la anomia inoculada al proceso político venezolano. Los detentores del poder perdieron de vista su esencia relativa. Lo creyeron absoluto, desvinculado de su base humana y relaciones sociales. Como tal pretendieron ejercerlo, olvidándose de la historia.

LA MODERNIZACION SIN CENTRO, 1976-1999

Mientras tanto, la situación mundial sufre grandes transformaciones. La desaparición de la bipolaridad política entre Socialismo-Capitalismo, Oriente-Occidente, la caída del muro de Berlín, la revolución tecnológica, especialmente en el área de las telecomunicaciones y el desarrollo explosivo de la informática, los procesos de globalización, los desafíos de la superación de la pobreza en la que vive la mayor parte de la humanidad, los cambios culturales, las nuevas formas de pensamiento, las expresiones ideológicas, religiosas, etc., hacen que la humanidad tome conciencia de que asiste a un cambio de época.

Época constituyente

Una fuerte corriente de pensamiento de estos años considera que estamos llegando a la Era de la Información Global. ¿Esta transformación es, por lo menos, tan importante como la que nos condujo a la edad

industrial y que ya está produciendo grandes trastornos a nivel social, político, intelectual y económico,

alrededor del mundo?1[1].